

SUEÑOS DE LUNA

PROLOGO

Toledo 4 de Abril de 1494.

La mañana comenzaba fría al amanecer en el barrio de los artesanos. Cada día, antes de despertar el sol, una incesante maraña de hombres se levantaban dispuestos a realizar su dura labor. El bullicio emergía de la oscuridad que aún cubría el cielo de la grandiosa ciudad castellana. Mientras tanto, en las calles comenzaban a entremezclarse las voces de orfebres, alfareros, carpinteros y zapateros dispuestos a marchar hacia sus respectivos trabajos.

La vida comenzaba de nuevo, pero ese día no sería como los demás, pues todos esperaban ansiosos un cargamento proveniente de Sevilla traído directamente de las Antillas.

Dos años después del descubrimiento de las nuevas tierras, el mercado había aumentado considerablemente, debido, muy probablemente, al incesante ir y venir de los numerosos comerciantes y mercaderes llegados desde todos los rincones de Europa. Germanos, francos, portugueses e italianos, atravesaban la península de un extremo a otro a través de las concurridas cañadas reales y rutas comerciales en busca de posibles compradores. Las calles amanecían repletas de infinidad de hombres de negocios en busca de un acuerdo que lo ayudasen a aumentar sus arcas. Otros, sin labores más

importantes que realizar, saciaban la sed en alguna conocida taberna, o dedicaban el día a herrar sus castigados caballos heridos a causa del interminable trote durante semanas. Se acercaba el verano, y el caluroso viento de levante, como eterno emisario del tiempo, arrastraba el polvo de las calles y alguna que otra voz de la gente de la ciudad.

— ¿Dónde crees que vas? ¡Siempre igual! ¡No sé qué voy a hacer contigo!— exclamó una mujer, al tiempo que se recogía el pelo con un floreciente moño—. Cuando vuelvas mantendré unas palabras contigo— protestó resignada, al ver a su hijo alejarse a toda prisa por una de las calles que lo conducían a las murallas situadas al norte de la ciudad.

— ¡Cuidado chico! ¡Ni que te estuviese persiguiendo el diablo!— gritó un anciano barbudo y cano, que tuvo que echar mano a un poste de madera para no caer de bruces contra el suelo.

A lo lejos, revoloteando por entre el pastizal y los cultivos, algunas aves hambrientas rebuscaban semillas entre las heces aún frescas del numeroso ganado trashumante, levantando el vuelo tan solo con la aparición de los ruidosos pastores.

Al llegar a la altura de una concurrida taberna, el joven se detuvo mirando descaradamente en dirección a la puerta, donde varios hombres de mala reputación, permanecían acompañados de un grupo de mujeres de palabra fácil.

— ¿Qué diablos estás mirando, chico? ¿Es que nunca has visto una de éstas?— le reprochó con la voz entrecortada, el tipo de cara roja y labios amoratados que se encontraba más cerca la entrada, sin embargo, apenas si le dio tiempo a terminar la frase cuando lo vio desaparecer, impulsando hacia atrás las diminutas piedrecillas que

tapizaban el camino— ¡Malditas prisas!—dijo, dando un trago a la jarra que llevaba en la mano.

El cielo, decorado por pequeñas nubes que ofrecían algo de resistencia a los rayos de un sol matinal, cambiaba lentamente de color, como si quisiese recuperar su aspecto más altivo. Por otro lado, el intenso murmullo del viento, arrastraba consigo el repiqueteo del martillo al golpear el acero español. Juan, que así se llamaba el niño, solía hacer diariamente el mismo trayecto desde su casa hasta el taller de su padre. Allí solía pasar largas horas sentado, observando el manejo del metal al rojo vivo por las amaestradas manos de su progenitor, el cual solía dejarle dar el primer golpe del día con el robusto martillo, o insuflar aire a las brasas del horno para mantener la temperatura.

— ¿Ya estás aquí, Juan? ¿Puedo saber cómo has escapado de tu madre hoy?— se interesó el artesano mostrando una leve sonrisa en sus labios reseco por el intenso calor. Era habitual que María, la madre del niño, soliese utilizarlo para que la ayudase a transportar agua desde la fuente de agua clara más cercana a la casa. Pero era demasiado para un niño de tan corta edad, al que tan solo le entusiasmaba ensuciarse las manos y la cara con la polvorienta ceniza que cogía del suelo de la herrería. Estar rodeado de metal, fuego y sudor le encantaba, y lo sumía en una especie de conexión más allá del propio entendimiento. Dicho de otro modo, lo llevaba en la sangre.

—Lo siento padre, pero es que madre solo quiere que la ayude con las pesadas cántaras de agua y... siempre hay unas colas enormes.

—Está bien, muchacho, no te preocupes. Vamos, ven aquí— le pidió el fornido artesano acogiéndolo con los brazos. Después lo sentó sobre sus rodillas y le cedió la vasta herramienta que dejó caer con fuerza sobre la hoja incandescente de una espada de

doble filo.

— ¿Así, padre?

—Serás un formidable herrero.

CAPITULO I

— ¡Mi señor!— exclamó un hombre de espaldas recias y rostro ceniciento al caballero al que acababa de ayudar a deshacerse de sus ropajes. Acercándose con respeto, inclinó levemente la cabeza y pegó sus manos al pecho.

— ¿Qué diantres quieres ahora, Gregorio? —le preguntó el noble mientras lo miraba con desafío.

— ¿No cree mi señor que sería mejor entrar en Toledo para dar un descanso a su

corcel?— comentó el sumiso lacayo, observando la espuma que brotaba de la boca del animal.

— ¿Pretendes darme lecciones de caballería?

— ¡Dios me libre, señor!— exclamó arrepentido—. Le puedo asegurar que mi intención no fue esa. Espero que sepa disculpar mi torpeza. Tan solo he supuesto, que mi señor estaría demasiado cansado después de cuatro días de continuo trote a lomos de su pura sangre. Además, ha perdido una herradura y... sería bueno llevarlo a herrar. Usted mismo me dijo una vez que esos animales eran frágiles de manos— comentó con cierta habilidad el criado, que se retiró un par de pasos para darle espacio.

—Después de todo, puede que estés en lo cierto—murmuró sin demasiada sutileza. A continuación estiró el brazo y lo miró con descaro a los ojos— ¿A qué esperas? ¡Tráeme un poco del licor que llevas en las sacas de tu mula!—le ordenó—. Maldita sea, ésta calor va a acabar conmigo— masculló, observando cómo su sirviente se alejaba con premura en dirección a una vieja mula que, a pesar de sus años, había sido capaz de transportar un gran peso en su lomo pelado por el roce del cuero. Nervioso, abrió la bolsa de piel de buey, y sacó un pequeño frasco de color verdoso que entregó al noble acompañado de una reverencia.

—Aquí tiene, señor.

—Ya era hora— dijo, vertiendo un poco del líquido en su boca. Acto seguido, echó un vistazo a su alrededor y se sentó a la sombra de un alcornoque—. Pasaré el día aquí. Tú, mientras tanto, asegúrate de encontrar un buen herrero que sepa arreglar el estropicio.

—Descuide, así lo haré— le respondió, tomando las riendas del palafrén entre sus manos.

— ¡Espera un momento!

—Usted dirá.

—¿Acaso crees que confiaría a un manazas como tú un animal como éste?

—Señor...

—¿Te atreves a replicarme?

—Claro que no, señor. Pero...

— ¡Cállate de una vez!— gritó, dándole un empujón—. Además, ¿cómo pretendes que alguien como yo se quede esperando bajo un árbol como si fuera un maldito escudero?

—Tiene razón. Yo le seguiré, señor— le contestó, dando un leve tirón de las riendas. De esa forma, y tratando de no retrasarse demasiado, caballo, mula, noble y vasallo, comenzaron el descenso de la única vía que daba acceso a la urbe. El hastiado animal, dolorido y de andares torpes, recorrió todo el camino en compañía de la mula que apenas si se detuvo para comer algo de hierba. Delante de ellos y con estilo señorial, el caballero, que pertenecía al linaje de los duques de Ordaz del reino de León, vestía con un elegante y aterciopelado traje de color rojo, haciendo merecido acopio de las miradas que recorrían su mismo camino. En el centro de la chaqueta, yacía el emblema de su título bordado en oro, que le otorgaba un estilo aún mas distinguido. De la misma forma y haciendo juego con su vestimenta, calzaba el noble unas finas botas de color marrón hasta los tobillos, y unos guantes de color negro que mantenía apoyados en su cintura decorada por una bella daga con cristales incrustados.

Fue en aquel preciso instante, al cruzar el río a través del puente de Alcántara, cuando recordaron por un instante los pasos de los conquistadores Romanos.

—Mi señor... ¿precisa vuestra merced que le busque un alojamiento mientras espera?

— ¡No! ¡Dedícate tan solo a buscar al herrero!—le respondió, aprovechando la parada para subir al lomo de su caballo al que castigó con los talones.

El horno se encontraba a pleno rendimiento ese día. Un calor abrasador llenaba el aire de la herrería haciéndolo casi irrespirable. Juan, sentado sobre un pequeño taburete de madera a unos pocos pasos de su padre, intentaba dar forma a un trozo de hierro oxidado que había cogido de un rincón del taller.

—No metas demasiado la boca de las tenazas. Debes tratar con más suavidad el metal, hijo mío.

— ¿Así está bien, padre?

—Eso es, ¿ves cómo no se deforma?— le explicó, girando la cabeza hacia la puerta. Por un instante, el sonido de unos pasos aproximándose aceleradamente al local llamó su atención. No esperaba a nadie, y la hora de la comida se aproximaba. La luz del día dejó entrever la figura de un hombre de estatura media y fuerte complexión que se detuvo, fatigado, bajo el marco de la puerta. Llevaba puesto un traje demasiado desgastado como para que se tratase de un individuo acaudalado, y su cara, revestida por una espesa barba de color cobrizo, le daba un aspecto dejado, casi enfermizo. Sin decir una palabra, aquel desconocido se detuvo justo al lado de la fragua dejando caer un trozo de metal al suelo. Atraído por su semblante, el herrero dejó de martillar la bigornia y añadió un poco de leña al fuego. Acto seguido, estiró la espalda y se secó el sudor de la frente con un paño que depositó sobre una mesa—. Buenas tardes, ¿qué se le ofrece a vuestra merced?—, se interesó el artesano.

— ¿Es usted el herrero?

—Sí, lo soy— respondió sin entender la pregunta.

—Mi señor, el duque de Ordaz— prosiguió con vehemencia—, necesita que le coloque una herradura a su caballo. ¿Cree que será capaz de hacerlo?

— ¿Cree vuestra merced que si no lo fuese, me dedicaría a ejercer tan penoso oficio? ¡Claro que soy capaz!

—Bien, en tal caso... — replicó, dándose la vuelta para salir de nuevo a la calle. Al cabo de unos minutos, reapareció con un animal que parecía cojear—. Aquí tiene el caballo. Mañana vendré a recogerlo a ésta misma hora.

— ¡Espere, este corcel está enfermo! Además... mañana tengo demasiado trabajo y no sé si podré terminarlo a tiempo. Sería mejor que me diese algo más de...

—A mi señor no le gusta que lo hagan esperar—lo interrumpió—. Y para su conocimiento, no está enfermo, tan solo extenuado.

—Así lo creo yo también, señor. Pero sería bondadoso de su parte que me otorgara algunos días más. Como ve, no dispongo de ayuda y el trabajo se me acumula.

—No se lo volveré a repetir. Mañana vendré a la misma hora. Por su bien, espero que no se retrase.

—Así será, señor— respondió el herrero pasándose los dedos de su mano izquierda por la sien, señal inequívoca de resignación hacia su nuevo propósito. Cansado, se dio la vuelta y miró a su hijo a los ojos. Se agachó con cuidado para situarse a su altura, y colocó su mano oscurecida y reseca por el calor, en el hombro del niño.

— ¿Qué le ocurre, padre? ¿Se encuentra bien?

—Nada hijo. Vamos, dile a tu madre que no iré esta noche a cenar. Debo terminar éste nuevo encargo. Dile también que no se preocupe. Aún me queda un poco de pan y tocino vetado.

—Pero... — intentó decir, enmudeciendo ante la mirada suplicante del artesano—.

Está bien, padre, haré lo que me pide— dijo, dejando en el suelo el trozo metal con el que había estado jugando. Al poco de despedirse, corrió hacia su casa y cenó en compañía de su madre a la que explicó todo. A pesar del cansancio, el joven aprendiz no fue capaz de conciliar el sueño hasta bien entrada la noche, poniendo su atención en las sensaciones que le había dejado el calor de las brasas y el ruido de la bigornia.

El cantar del gallo provocó la ya esperada reacción del muchacho, que se incorporó rápidamente de su lecho de paja y despertó a su madre a la que dio un beso en la mejilla. A continuación tomó de la mesa un pedazo de pan del día anterior y se lo llevó a la boca.

—¿Se puede saber dónde vas tan temprano?— preguntó María mientras estiraba sus agarrotados músculos.

—Voy a ver a padre. Estoy seguro que habrá pasado frío ésta noche— dijo mientras se guardaba en el bolsillo del pantalón un trozo de tocino de cerdo que había cogido de la despensa.

—Espera. Llévale también un trozo de pan— dijo preocupada—. Esta noche ha helado y debe estar exhausto.

—Sí, madre— respondió, guardando un poco en una pequeña cesta de mimbre. Al salir a la calle, cerró los ojos y respiró el aroma a tierra mojada. Aquel olor siempre le había gustado, y aunque no era el que predominaba en aquellos tiempos, aprendió a diferenciarlo del resto con ayuda del cierre de los párpados. Después, llenó el pecho de aire y salió corriendo en dirección al taller, que alcanzó mucho antes de lo que cabía esperar. Los golpes del martillo sobre el duro yunque, se escuchaban a decenas de metros de distancia.

— ¡Padre, padre!— gritó, atravesando la entrada con palpable nerviosismo. Acto seguido, se acercó al artesano y le abrazó las piernas con fuerza. Aunque tan solo habían transcurrido unas horas, a él le había parecido una eternidad.

—Buenos días, hijo— dijo, acariciándole la cabeza—. Dime, ¿qué tal has dormido?

—No demasiado—, le respondió ladino.

—Lo imaginaba. Y tu madre, ¿te ha dicho algo?

—Tan solo que le diera un beso y que no lo atosigara demasiado. Seguro que debe estar cansado— murmuró, sacando una sonrisa de los labios del herrero.

—Tenga. Esto es para usted.

— ¿Qué es?

—Tan solo un poco de comida. Debe estar hambriento después de tanto esfuerzo.

—Tienes razón, lo estoy— confesó, tomando la pequeña cesta para degustar con cierta satisfacción el trozo de pan y el queso recién sacado de la despensa.

—Por cierto, ¿terminó de herrar el caballo?

—Está casi terminado— le reveló mientras limpiaba las diminutas migajas de pan que descansaban en ambas comisuras de la boca—. El dichoso animal tenía que descansar un poco, y aun así, me ha sido casi imposible hacerlo. Pero ahora que has venido, me podrás ayudar. ¿Quieres?

— ¡Claro!— exclamó aproximándose al caballo, que aún mostraba síntomas de cansancio. Tirando de las riendas, lo dejó cerca de la entrada donde comenzaba a entrar la luz del sol— ¿Está bien aquí?

— ¡Perfecto!— dijo el artesano sujetándole la pata con firmeza—. Toma el martillo y clava con decisión— le ordenó. Una cara de espanto desfiguró el rostro del muchacho, que hizo varios ademanes de comenzar a llorar— ¿Qué te ocurre?

— ¿Le va a doler?— preguntó, dejando escapar una diminuta lágrima de su ojo derecho.

—Por supuesto que no. Te lo aseguro.

Confiado por las explicaciones de su padre, el joven aprendiz agarró con decisión el martillo de punta plana y golpeó el clavo hasta que éste atravesó el casco sin despertar brusquedad alguna en el animal. Así lo hizo una y otra vez hasta dejar bien fijada la herradura.